

Índice

HISTORIA ORAL Y LA EXPERIENCIA DE LA POLÍTICA

4

Tributo a Dora Schwarzstein

Edda Lía Crespo

17

Efervescencia memorialista

Dora Schwarzstein

18

Siete puntos cruciales acerca de la
reunificación de Alemania

Alexander von Plato

27

La radicalización de la historia oral

José Carlos Sebe Bom Meily

33

ARCHIVOS Y PROYECTOS

46

La radicalización de la historia oral*

Las reflexiones sobre el curso de la historia oral en el espacio de la cultura occidental contemporánea siguen dos impulsos básicos y complementarios: los “balances regionales” (casi siempre sectorizados a partir de realidades nacionales) y los “históricos” (que se vuelven al origen y evolución de los compromisos académicos y disciplinarios, principalmente con la historia). Estas reflexiones dictan el ritmo de la irradiación de la historia oral, determinando el centro y la periferia de las embestidas hegemónicas que emanan de Europa o de Estados Unidos y que obedecen “histórica y geográficamente” a la expansión en escala global. Se pretende aquí contemplar críticamente el panorama de la historia oral observando los obstáculos que impiden un análisis más atento a la (re)cualificación de dicha materia, que supere los postulados marcados por la determinación de su origen y de las apropiaciones nacionales, que sólo adquieren sentido si se ven en conjunto y se equiparan con la propuesta desarrollada a partir de los principios “originales”. Los posibles fundamentos de una historia oral como disciplina académica se formulan como objetivo de este artículo, que también pretende arrojar alguna luz

* Traducción del portugués por Paula Abramo Tostado.

José Carlos Sebe Bom Meiby

Universidade de São Paulo, Brasil

sobre las respuestas dadas por las regiones alejadas de los contextos dominantes.

Un problema para nuestro tiempo

Algunos aspectos acaparan la atención de quienes siguen la trayectoria de lo que convencionalmente llamamos “historia oral moderna”.¹ En un extremo, es sorprendente la aceptación de este recurso como práctica de registro de experiencias, tema de estudios y formación de acervos sobre la tradición oral y las fuentes documentales de aspectos de la sociedad del “tiempo presente”.² No obstante, en el extremo opuesto reside una paradoja inquietante: el exceso de teorización que, en vez de facilitar la comprensión de la materia, complica el cuadro de indefinición del estado actual de la historia oral. A fin de cuentas —nos preguntamos— ¿qué lugar ocupa la historia oral en el conjunto del conocimiento sobre los aspectos del mundo contemporáneo?

En el primer caso, el elevado número de congresos, entidades de apoyo y programas de historia oral, prueba la popularidad de una práctica que, en rigor, siempre ha existido, pero que actualmente se reviste de nuevos usos facilitados por recursos tecnológicos que se presentan al público de una

manera más accesible que nunca.³ La flexibilización de las disciplinas desde la contracultura (principalmente a fines de la década de 1960) también colaboró a la aceptación de las entrevistas como fuente y punto de partida de análisis. El uso de entrevistas, incluso si lo consideramos desde Heródoto y Tucídides hasta Bourdieu y E. P. Thompson, ha propuesto análisis sobre su adopción historiográfica en distintos momentos, pero éstos topan con bloqueos que lo reducen fatalmente a “medio” y no a “fin”, a adjetivo y no a sujeto. “Herramienta”, “instrumento”, “mecanismo”, “recurso”, han sido algunas de las expresiones utilizadas para justificar la presencia de las entrevistas como realidad documental y pretexto analítico que facilita los estudios sociales.

La práctica de usar entrevistas reclama nuevamente definiciones que la sitúen en debates ideológicos, epistemológicos y sociales y que la liberen del tratamiento simplista con que ha sido (des)atendida hasta nuestros días. Su permanencia e innegable aceptación actual, junto con la abundancia teórica respecto a su historicidad, provoca admiración. A fin de cuentas ¿qué hay de nuevo en los usos de prácticas tan antiguas? ¿Será la aplicación de las máquinas (grabadoras, computadoras e Internet) un elemento capaz de explicar algún cambio? ¿O, por el contrario, el aparato electrónico representa únicamente una adecuación de las mismas prácticas que han tenido, sin embargo, implicaciones políticas diferentes en cada momento, llegando ahora a un punto crítico que admite cuestionar su independencia? Siendo que los medios de captura y transformación del discurso oral en escrito, así como los criterios de almacenamiento de los resultados han variado tanto, nos preguntamos si la validez de esa práctica puede considerarse igual en cualquier ámbito o cultura, o si obedece a posibles autonomías ante respuestas

dialécticas. Y también nos preguntamos por qué se utiliza la expresión “historia oral” donde podría emplearse simplemente la palabra “entrevista” o “testimonio”.

Estas interrogantes, aunadas a la problemática del conocimiento en la época contemporánea, exigen respuestas plurales y capaces de promover un debate que debe ser continuo, amplio y democrático para hacer posible la crítica a los conocimientos formalizados según antiguos esquemas y sus efectos ante las funciones sociales del saber. Pretendemos aquilatar los nuevos logros de la historia oral (sociales y políticos, y por lo tanto eruditos, rigurosos, pertinentes pero no exclusivamente académicos) porque creemos que su amplia aceptación se debe precisamente a la ausencia de sentido práctico y utilitario en las ciencias humanas. Todavía en materia de interrogantes, es válido suponer que el enorme espacio abierto a las teorizaciones tiene más que ver con la falta de nuevos objetivos propuestos hoy para esa materia, que con respuestas que satisfagan algún asunto central capaz de perturbar la rutina del emplazamiento de las entrevistas en la tradición de las “viejas” disciplinas. Estas últimas se valen, por cierto, de los testimonios, muchas veces sin grandes novedades en su registro y resultados, pero que por cuestiones de moda pasaron a llamarse historia oral.⁴

Observamos que, mientras más popular se vuelve la historia oral, más se banalizan las discusiones teóricas que terminan perdiendo contenido argumentativo por falta de finalidades analíticas objetivas, valientes y bien formuladas. La gran responsable de esta situación es ciertamente la falta de valor para enfocar el problema crucial de la historia oral moderna: ¿la historia oral es tan sólo una herramienta, una técnica, una metodología, sierva de las diversas áreas del conocimiento?, o, mucho más que eso, ¿asciende a la condición de

nueva disciplina académica? ¿Será la historia oral, hablando objetivamente, tan sólo una mediación más? ¿A qué viene y a qué responde la historia oral moderna y qué explica su éxito más allá de los límites académicos? ¿Bastará pensar la historia oral como una “historia sin adjetivos”?⁵ La historia, en un sentido amplio ¿será el escenario obligatorio, único o fragmentado, de la historia oral? O más que nada ¿podrá la historia oral valerse de otras disciplinas para validar sus objetivos que, forzosamente, se orientan hacia el bien común?

¿Una tierra de nadie?

Aunque la discusión sobre las relaciones de la historia oral con las diversas disciplinas convencionales ya está definida como polémica y problemática, nada se ha establecido como propuesta de renovación de las formas de saber que la incluyen. La historia oral sigue siendo tributaria principal de la Historia (con “H” mayúscula), aunque los sociólogos, los psicólogos, los antropólogos, los periodistas y los geógrafos, entre otros muchos, hayan reivindicado su participación porque también se valen del recurso de las entrevistas. Es curioso notar que la “historia” ha dominado lo “oral” a tal punto que pocas personas piensan en la oralidad como componente de la historia oral.

La persistencia de la “raíz histórica”, empero, dicta un rito dominante y una especie de determinismo analítico que, de alguna manera, evoca la historia como el fin último de las investigaciones, sugiriendo una sucesión de hechos capaces de explicar las trayectorias evocadas en las entrevistas. No obstante, los hechos demuestran que son los mismos historiadores quienes admiten (por razones diversas y hasta contradictorias) la existencia de una variación de su linaje disciplinario, la cual se

expresa mediante de lo que se ha convenido en llamar, desde Michelet, “documento vivo”. El documento, es decir, el resultado de la entrevista, a pesar de estar “vivo”, sigue siendo el ángulo que se abre a la investigación que inevitablemente se vuelve histórica. Aquello que se proclama como fundamento de la variación en la forma de elaborar la historia pasa a ser el contenido subjetivo derivado de la fuente oral.⁶

El carácter documental e histórico, a pesar de ser polémico e incómodo para los colegas de otras esferas del conocimiento, persiste como solución analítica de experiencias sociales. Otros científicos del área de las humanidades, en cierto modo pretendidamente ajenos a esa determinación, claman por negociaciones que, finalmente, tienden a hacer de la historia oral una tierra de nadie, donde es posible un campamento colectivo y aventurero, toda vez que se pretende hacer de la entrevista una forma de documentar y eventualmente analizar situaciones. Y todos teorizan sobre la relación entrevista-documento-análisis en sus respectivas tradiciones. Algunos, consagrando el peligroso pero cómodo recurso (o pretexto) de la interdisciplinariedad, agotan sus esfuerzos neutralizando las diferencias en el espacio discursivo sobre las grabaciones.⁷ Lógicamente, en esta etapa surge una discusión afín con respecto a los procedimientos, afinidad que a continuación se deshace en los criterios de análisis de las investigaciones o en las apropiaciones que obedecen a la fuerte tradición de cada área del conocimiento. En ese sentido, el debate sobre las entrevistas gana foros con un denominador común y es en eso en lo que se pierde mucho tiempo, tratando de evaluar cuestiones fútiles que podrían resolverse sencillamente con el sentido común. Destacan, entre varios temas, el mejor y más oportuno momento de la grabación, su frecuencia, tiempo de duración, for-

mas de conservación de cintas y diferencias de estilos en el registro de historias de vida. Es obvio que son discusiones válidas, pero nos preguntamos si constituyen el objetivo del debate, que pocas veces desemboca en cuestiones de práctica política o vigor epistemológico.

Llegan a ser frustrantes las intervenciones en encuentros de historia oral donde la presentación de resultados disciplinarios del uso de entrevistas evita enfrentar una pregunta que lastimaría la simple continuidad del debate: ¿será que la historia oral realmente no tiene condiciones para establecerse en un terreno propio, soberana en su finalidad como disciplina autónoma? ¿Podemos pensar que los estudios ya trazados sobre la historia oral le garantizan un objeto propio que no la reduzca a simple tributaria de todas las disciplinas del área de las ciencias humanas o al exclusivismo de la historia? Hay una característica curiosa, fatal y hasta perversa en este enfoque, ya que muchos sociólogos, psicólogos, antropólogos y etnólogos se asombran de su propia definición como “historiadores orales”, pero no asumen la valentía de llevar adelante el debate. A fin de cuentas, si es incómodo el uso de la expresión “historiadores orales” ¿por qué no se acepta con más libertad el concepto de oralista como término que determine al que hace historia oral?⁸ ¿Acaso no se reconoce como medievalista el que estudia la historia medieval? ¿El extranjero que estudia a México no se reconoce como mexicanista? Entonces ¿por qué quien estudia la historia oral no puede llamarse oralista?

La respuesta es compleja y merece atención en el debate general. Aceptar el concepto de oralista supondría que la historia oral es más que una solución mediadora o una herramienta, y que sí tiene el estatuto de una disciplina. La evidente

polémica causada por el enunciado de esta pregunta provoca reacciones conservadoras que, antes que nada, extrapolan los límites clásicos impuestos por la cárcel clasificadora de las disciplinas ya consagradas y mantenidas sin grandes cuestionamientos. Para ellos, entonces, la historia oral es lo que siempre ha sido, sólo que con medios mecánicos de registro y difusión actualizados y con una discusión inflada por teorizaciones que, cuando mucho, achacan la razón del crecimiento de tal práctica al exceso de tinta gastada en las variaciones sobre el tema. La historia oral, en tanto forma de expresión, seguiría entonces siendo tierra de nadie y campo de todos, aunque la influencia de la historia fuera referencia obligada, conflictiva y agresiva para quienes no están formados en la disciplina de la historia. La definición de nuevos criterios clasificatorios para los oralistas asumidos como tales equivaldría al establecimiento de una nueva disciplina que evolucionó a partir de su significado social, esto es, de su práctica.

Algunos autores importantes se han manifestado de manera asaz elocuente contra la pretensión de ascenso de la historia oral al nivel de disciplina. Joseph Fontana, de hecho, afirmó que eso es “una aberración que llega al extremo cuando se pretende convertir en disciplinas independientes a lo que son simples técnicas de trabajo”, y sigue adjetivando la historia oral como “herramientas que sólo tienen sentido cuando se ponen al servicio de una interpretación histórica global”.⁹ Como puede verse, hasta los historiadores progresistas mantienen posturas conservadoras en lo que respecta a la cultura oral, coadyuvando para que dicha materia realmente no sea más que un simple recurso de uso general.

Memoria e identidad: el nuevo lugar de la historia oral

Pero ¿cuáles serían las bases para proponer el establecimiento de una disciplina denominada historia oral? ¿No bastarían las soluciones ya existentes y consagradas para la comprensión de las sociedades y de los comportamientos e instituciones? Un análisis del origen reciente de la historia oral puede arrojar luz sobre el asunto. Rebautizada como “moderna”, la práctica de entrevistas adquirió un nuevo vigor a partir de la necesidad de medir el impacto de las transformaciones causadas por la segunda guerra mundial, especialmente en el contexto estadounidense.¹⁰ La popularidad de la divulgación realizada por medios electrónicos (sobre todo por la radio) hizo que se formulara un nuevo binomio de amplia aceptación: las historias personales como resultado de los diversos procesos y experiencias del mundo contemporáneo y el surgimiento de un público capaz de generar, entender y transformar los resultados de esos cambios y asumirlos como hechos nuevos. Se diría que por fin una nueva “rebelión de las masas” ha emergido ahora del territorio de la participación inteligente, analítica en tanto sociocultural, y de aceptación en lo que se ha convenido en denominar “historia pública”.

La progresiva institucionalización de la historia oral condujo a un dilema crucial para la problemática del conocimiento moderno: ¿en qué se ha convertido la historia oral moderna? ¿Pertenece la historia oral a los académicos que tanto han propuesto la teorización, o a los participantes en determinados procesos históricos, cuyas explicaciones se fundan en la memoria y en la formulación de la identidad del individuo y del grupo? La segunda opción generaría otra forma de conocer y articular argumentos capaces de dar explicaciones sociales amplias. La

pregunta es compleja y, de hecho, las instituciones universitarias que se adjudican la responsabilidad de concebir el trabajo en este campo, en cierto modo la han evitado. ¿Los “actores” sociales son agentes de cambio o sólo participan en el formidable teatro humano? ¿Son “protagonistas” o directores? ¿“Informantes” o transformadores? ¿“Objetos de estudio” o sujetos sociales? ¿Seres pasivos o seres políticos, capaces de valerse de la experiencia social como praxis? Y los profesionales de la historia oral, en ese caso ¿serían forzosamente miembros de las unidades académicas? Y por cierto, vale la pena preguntarse si realmente la universidad garantiza la calidad de la producción en esta o en otra esfera del conocimiento.

Tres sectores principalmente han impulsado el trabajo de las entrevistas, extrayendo las interrogantes más comunes de los teóricos universitarios: las feministas, los judíos y los trabajadores. Los estudios sobre los dilemas motivados por siglos de dominio masculino, los judíos en los campos de concentración nazis y la diáspora moderna, y la explotación y reivindicación del trabajo unieron, en la práctica, dos factores principales: uno, las historias de individuos recuperadas gracias a las grabaciones de narraciones mnemónicas, y dos, la motivación para organizar movimientos políticos capaces de reflejar las reivindicaciones de la identidad de cada categoría. Tras los pasos de estos tres grupos se presentaron otras minorías: negros, indios, analfabetas, homosexuales, minusválidos. Con eso estarían conformados los contenidos y objetos esenciales de la historia oral: la memoria y la identidad. Memoria e identidad son, de hecho, materia de la historia, pero no forzosamente su medio o fin, como lo serían de la historia oral. Dicho sea de paso, uno de los problemas más frecuentes en los conflictivos debates sobre este asunto es la distinción entre memoria e historia.

Se presenta así un punto de partida para suponer un estatuto propio para la historia oral: además de inscribir individuos en la historia a través de sus experiencias y generar documentos sobre tal participación (objeto, éste, tanto de los estudios sobre memoria como de los estudios sobre identidad), la historia oral moderna estaría marcando espacios individuales de praxis social, siempre que estos lugares tuvieran un sentido social, colectivo o histórico. Como recurso capaz de captar lo entredicho, el silencio, la mentira, el olvido y las distorsiones, la historia oral estaría ocupando el lugar privilegiado de una disciplina capaz de tratar la subjetividad.

Otro paso importante se deriva del anterior: el fomento a las acciones políticas que obedecen a la toma de conciencia de la identidad. En tiempos de lo "políticamente correcto" y de la inclusión social, la historia oral tendría un papel importante como formuladora de postulados ágiles para generar argumentos que capacitarían a una militancia política para modificar el *statu quo* histórico. Si bien es cierto que, de manera indirecta, las demás disciplinas del conocimiento también podrían encargarse de esos supuestos, la historia oral sería el campo ideal para este debate. De este modo, la historia oral se configuraría como un territorio discursivo y político que daría sentido a los debates, reivindicaciones, políticas afirmativas y, consecuentemente, a la transformación social. Sin embargo, no sería un simple recurso, pues la consideración de la memoria y la constitución de eslabones identitarios podrían exponer la tan renombrada "conciencia de clase" de la que habla E. P. Thompson.

Lógicamente debemos considerar algunas premisas relevantes para el establecimiento de la historia oral como una nueva disciplina. Antes que nada, que la existencia de la historia oral presupone y se realiza en el espacio político de la democra-

cia. El hecho de que la legítima historia oral sólo existe donde los derechos de expresión están asegurados garantiza una apertura ideológica que da autonomía a los procedimientos de entrevistas y a su uso en el "tiempo presente". Nuevamente estamos hablando "de" política, y "por" la política se valora el significado de una materia que va a encargarse de la orquestación de cada historia personal en su sentido colectivo como forma de alcanzar las pretendidas transformaciones sociales usualmente marginadas por la historia.

El "tiempo presente" implica que se formulen puntos de partida que actúen en la dinámica existencial de los vivientes. La historia oral da por sentado que su realización se da en el espacio existencial de los vivos y se rebela contra algunas posturas cansadas que ven a la historia como ciencia que estudia el pasado, y entienden el pasado como algo abstracto y relativamente desprovisto de vínculos directos (o indirectos) con el presente. Como creemos que el pasado es un proceso inacabado y que el presente lo contiene dinámicamente, defendemos la idea de que la sociedad es y será eternamente un *continuum* en transformación. Siendo así, los objetivos de la historia oral se independizan de las demás disciplinas que tienen otros objetos y que ven con cautela el planteamiento de nuevas disciplinas.

Considerar a la historia oral como una disciplina beneficiaría los proyectos de acción afirmativa. Los proyectos de reivindicación social, carentes de fundamentos en el ejercicio de la vida, casi siempre son búsquedas inmediatas, a veces superficiales y realizadas al calor de los hechos. Al proponer la modificación del estatuto de la historia oral, pretendemos que ésta se convierta en un espacio permanente, equilibrado y bien constituido para la formulación de propuestas que se asienten en el presente como respuesta a un pasado que no

tomó en cuenta la inclusión social de ciertos grupos y, consecuentemente, los fundamentos de la democracia. Sin caer en el simplismo de identificar una enajenación en las disciplinas tradicionales y en la práctica intelectual, pretendemos replantear la discusión trazando para la historia oral el objetivo primordial de ser la formuladora de argumentos políticos.

Evidentemente, creemos que la democracia puede sobrevivir sin una historia oral definida por estas nuevas premisas, pero también suponemos que una historia oral así definida posibilitaría el planteamiento de cuestiones relacionadas con la no enajenación y con la participación social. Se dibuja así un nuevo lugar para la historia oral y, más que eso, se proyecta la propuesta de una vía para el conocimiento comprometido con la transformación social. Este sería el locus de la historia oral.

Es curioso que algunos autores, ajenos a las limitaciones de otras disciplinas o incluso despreciándolas, acaban demostrando el sentido de la versión que proponemos de una historia oral políticamente activa. Aquí se ubican los trabajos pioneros de Jonathan Grossman en Sudáfrica, de Yara Bandeira de Ataíde en Brasil y de Mats Greff en Suecia.

Historia oral ¿“de quién”, “para quién” y “por quién”?

Según lo anteriormente argumentado, la historia oral sería una práctica generalizada y no el espacio de poder de una élite especializada.¹¹ Sería una práctica pública capaz de elaborar proyectos útiles a la sociedad y no sólo de ejercicio teórico y, casi siempre, aislado de los “otros”. Los oralistas serían personas capaces de ejercer la práctica de la inclusión social basada en la expresión de la me-

moria y la identidad grupal. Todo ello, hecho con rigor y agudeza. Se habla de método en la elaboración y desarrollo de proyectos, condición que no privilegia sólo a los académicos. No pretendemos, pues, afirmar que únicamente los universitarios están capacitados. Tomemos por ejemplo a las feministas, quienes a través de una militancia constante demostraron sus condiciones de participación social y revirtieron el papel histórico de las mujeres; ellas actuaron, en un sentido gramsciano, como las intelectuales orgánicas de su propia condición. Consideramos que el mismo razonamiento aplica a las víctimas de procesos brutales de dominio o de orientación del trabajo. Entonces, en lugar de “actores”, “informantes” u “objetos de estudio”, los participantes de cualquier aventura analítica serían “colaboradores”, es decir, artífices de su propia historia y personajes en busca de una definición política en procesos sociales.

Son famosas las opiniones de algunos practicantes de la historia oral que relativizan posiciones que refutan la calidad o competencia de sectores distintos, proponiendo que la universidad sea el fórum exclusivo de la historia oral. La posibilidad de suponer intelectuales orgánicos, por ejemplo, ha llevado a algunos autores a evocar constantemente palabras como “banalización” o “trivialización”.¹² Partiendo del principio refutable de que la buena historia oral puede ser realizada por buenos oralistas (y no sólo por los académicos), se expone una faceta que demuestra la casi brutalidad que separa los trabajos buenos de los trabajos malos, a partir del marco universitario. Es curioso el hecho de que, en lo que respecta a los literatos, no se ha aplicado el mismo criterio. Intelectuales renombrados y autores de obras relevantes en el mundo literario no son criticados por su escolaridad. Tan sólo por citar un ejemplo extremo pero significativo: José Saramago, Premio Nobel de literatura, no

pertenece a ningún departamento universitario, y aun así goza de prestigio por el reconocimiento de su producción. Entonces, nos preguntamos, ¿por qué no reconocer la validez de los trabajos de historia oral, siempre que sean buenos y estén debidamente fundamentados, aunque no sean obra de académicos?

Esta reflexión hace posible el debate que cuestiona el objeto disciplinario de la historia oral. A fin de cuentas ¿de quién, para quién y por quién debe hacerse la historia oral? Si bien ya está esbozado el “por quién”, falta responder el “de quién” y el “para quién”. Al mismo tiempo, dichas preguntas señalan los objetivos básicos de la historia oral como disciplina: la identidad y la memoria.

Uno de los debates más evitados de la historia oral es la interrogante del “de quién” y del “para quién” se desarrollan investigaciones en esa área. En una propuesta que se engalana con características innovadoras, el “de quién” es fundamental, porque señala la función de los agentes culturales capaces de animar el proceso de inclusión social. En este sentido, como exaltamos a los participantes de un proceso reivindicatorio como “intelectuales” de su propia cuestión social, es precisamente de ellos de quienes hablamos. Por consiguiente, la historia oral debe, prioritariamente, ser realizada por agentes de la comunidad a la que está destinada.¹³ Evidentemente, no presuponemos ninguna exclusión —a fin de cuentas, ya definimos que la historia oral es un procedimiento que se realiza en la democracia, y en consecuencia, abriga corrientes de opinión distintas. Pero los antes denominados “actores sociales” o “informantes” son ascendidos ahora a la condición de “ciudadanos”. Por otro lado, como agentes muchas veces históricamente desprestigiados, esos ciudadanos, cuando son atendidos por otros mediadores, pueden (y deben) reconocerse como “colaboradores”. Por

haberse considerado “vencidos”, muchos de los tipos sociales excluidos de las consideraciones sociales se relegan a un confinamiento histórico y se someten a la eventualidad de los análisis. Sin embargo, superar esa condición sustrayéndola a los agentes de su propia trayectoria, es tarea de grupos casi siempre ajenos al proceso. Sin duda, la polarización entre quien vive el proceso y quien reúne datos para interpretarlo, forma parte de la elaboración de la historia, y en esta última no se incluye la memoria. La identidad, a su vez, pasa a ser definida por otros, y no por los agentes del proceso.

Pero ¿para quién deben realizarse los trabajos de historia oral? El conocimiento se entiende como hecho social, según Pollak, porque es capaz de multiplicar los argumentos extraídos de las memorias subterráneas.¹⁴ La historia oral disciplinaria debe hacerse para la sociedad. Se realiza en el entramado político y en él justifica el esfuerzo intelectual que, forzosamente, debe dejar de ser enajenado.

Las tensiones acumuladas

¿Hay realmente un sentido revolucionario en la propuesta de abordar la historia oral como disciplina? Aunque a primera vista parezca osada e incluso agresiva, una lectura atenta del proceso de la expansión de la historia oral puede mostrar tendencias de madurez de un debate que contiene, en sí mismo, el ánimo del cambio. Más que la incomodidad que causa la denominación de “historiadores orales” aplicada a los no historiadores que practican la historia oral, y que la exclusión de las amplias interrogantes de la oralidad (tan apreciadas por los lingüistas), es la insatisfacción ante los resultados logrados por el cúmulo de reflexiones sobre los fundamentos de la historia oral la que

invita a suponer que la senda transitada por los que conciben la historia oral desde su raíz moderna guarda el germen de contradicción que ahora nos lleva a pensar en un nuevo estatuto para la materia. A fin de cuentas ¿en qué momento se apropió la historia de la historia oral?

Una lectura atenta del origen y la evolución de la historia oral denuncia el cúmulo de tensiones causadas por el carácter difuso de las reflexiones sobre el asunto. Hasta hace muy poco tiempo, el estatuto de la historia oral no representaba un problema real. Algunas veces la cuestión de su definición se percibió como problemática, pero no llegaba a verse más allá de su enunciado. Los conceptos entonces se mezclaban, y trataban la materia como un método, técnica o herramienta, variando según el capricho de los investigadores. Ciertamente, aquí y allá resaltan situaciones que evidencian la perversidad de la combinación de conceptos que se ajustan sin precisión, ocasionando en la mayoría de los casos más ruido que música. Tereza Burmeister ejemplifica tal caos cuando afirma que “el establecimiento de la historia oral como disciplina académica se encuentra estrechamente vinculado al proceso de democratización de la investigación histórica y de la redacción de la historia que se inició a fines de la década de los sesenta”. Aunque Burmeister nota de manera sensible que la historia oral se dirige a un estatuto disciplinario, después vuelve al marco histórico y, además, asegura que “la fuente oral da testimonio de su propia vida, pero es la tarea de historiador la que la transforma en testimonio de la historia”.¹⁵

La guerra sorda que hay en torno a la disputa sobre el estatuto de la historia oral exige, para ubicarse mejor, que retomemos los puntos fundamentales de su definición como materia de conocimiento. Según Joutard, en esta misma senda,

desde el principio había tres motivos de inspiración que exigirían compromiso: escuchar la voz de los excluidos, sacar a la luz las realidades “indescritibles” y dar testimonios de las situaciones de sufrimiento extremo.¹⁶ Según estos señalamientos, la historia oral no era monopolio de la historia. La osada apropiación que hicieron de ella los historiadores, empero, dictó el carácter histórico que asumió. Eugenia Meyer, por ejemplo, tras indicar que la historia oral es más que una técnica y que se constituye en una metodología, retoma uno de los principios germinales de la historia oral diciendo que

debido probablemente a la naturaleza de nuestras realidades latinoamericanas, las idas y venidas de “caudillos”, los golpes militares, las dictaduras y las constantes violaciones de los derechos humanos, el trabajo y el resultado de la historia oral adquiere una dimensión fundamental, su carácter de denuncia.¹⁷

Una lectura cuidadosa de los fundamentos de la historia oral, pues, deja entrever que, desde el principio, el compromiso social de la historia oral (marcado por la “voz a los excluidos”) revela aspectos desconocidos, ocultos y desviados, que no están contenidos en documentos oficiales y escritos y, sobre todo, denuncia el sufrimiento de grupos golpeados por diversas situaciones. Ninguno de los ítems mencionados oculta la intención de generar actitudes políticas instruidas por la experiencia de aquellos que vivieron procesos represivos o de exclusión social. Ante este hecho, debemos preguntarnos qué derecho tiene la historia para apropiarse con exclusividad autoritaria del proceso de la oralidad.

La institucionalización de la historia oral siguió un camino dictado por el predominio de los

historiadores y señaló una evolución seguida por corrientes de la historia que insistentemente pretendían actualizarse utilizando ese “nuevo” recurso. Es sintomático, entonces, que el primer encuentro de “historiadores orales” se haya proyectado en el seno del XIV Congreso Internacional de Ciencias Históricas, en 1975, en San Francisco, California, y que se haya llevado a cabo en 1976. Desde entonces los congresos proliferaron, llegando a ser nueve en Europa (con una versión en Nueva York en 1994). Merece atención el hecho de que Europa y Estados Unidos se han mantenido en la vanguardia de los procesos de institucionalización de la práctica de la historia oral y en la tutela de su profesionalismo.¹⁸

Además del año de 1975 (que sirvió como marco inaugural a la fase de internacionalización de la historia oral), hay otra fecha importante por marcar un viraje crítico en la secuencia evolutiva anglo-euroamericana de la historia oral: 1998. El hecho de que la X Reunión Internacional se haya llevado a cabo en Río de Janeiro se asumió como respuesta a un proyecto que expresaba síntomas de indignación. Por cierto, las palabras de la entonces presidenta del encuentro, Mercedes Vilanova, indican una desviación en el curso proyectado por la historia oral europea y estadounidense. Al señalar los motivos de su elección, al aceptar la presidencia de la Asociación Internacional, dijo lo siguiente:

En primer lugar para apoyar con todo mi corazón el desarrollo de la IOHA en América; sentimiento que tiene en mí raíces muy hondas. Cuando en Barcelona, en 1989, fundamos la revista *Historia y Fuente Oral* lo hicimos como una respuesta a la exclusión que españoles y latinoamericanos sufrimos en la Conferencia de Oxford de 1987; y lo hicimos para favorecer el diálogo, para integrar

y no desunir el movimiento. Y en segundo lugar acepté la presidencia para poder pasar la antorcha, o si se me permite la expresión tan odiosa, para pasar el liderazgo a la generación más joven, y espero que ello ocurra a lo largo de esta conferencia.¹⁹

Las posiciones asumidas por Vilanova indican el inicio de un debate que permite cuestionar la relación entre los centros hegemónicos que producen la historia oral y las regiones más alejadas, que pueden reconocerse como agregadas.

Respuestas: las reacciones de la periferia

Una lectura del proceso de expansión de la historia oral moderna, unida a la reacción del tercer mundo, debe conducir a la constatación de dos líneas paralelas que, con todo, progresan en direcciones contrarias. Una de esas líneas indica la continuidad del mismo proceso. Así, el no reconocer el estatuto de la historia oral como disciplina potencial y la hegemonía de la historia como disciplina capital (aunque permita aproximaciones a otras áreas del conocimiento a través del uso de testimonios orales), revela continuidades, desdoblamientos y mantenimiento del control institucional ejercido por Europa y Estados Unidos. Una segunda tendencia indica el camino contrario: como consecuencia inevitable de la institucionalización de la historia oral, los nuevos mundos descubiertos tienden a probar sus autonomías e independencias.

Si bien el paralelo continuista fue desdoblado su poderío al nombrar representantes para cada “feudo”, notamos que la reacción general de las “tierras incorporadas” ha dictado sus protestas. El significativo número de personas, instituciones,

proyectos, museos y archivos que dan peso a la voluntad de producir trabajos relacionados con la oralidad, muestra la naturalidad de esas vocaciones locales.

Se cuestiona con elocuencia la política de evaluación de los resultados nacionalizados de la historia oral. ¿De qué sirve entonces pensar la lógica analítica de temas como la historia oral en España, Francia, Inglaterra o Italia? Más consecuente se hace la indagación sobre América Latina, que comúnmente ha sido asumida, en sus análisis generales, por dos o tres personas que se comportan como “voceros”.

Más allá de criticar a las autoridades que hablan por América Latina, por ejemplo, cabe reconocer la independencia con que en esos lugares nuevos puede hablarse de la historia oral. El caso brasileño traduce las ambigüedades manifestadas en los dos paralelos que antes mencionamos. En los años setenta hubo un primer esfuerzo patrocinado por la Fundação Ford y dirigido por la Fundação Getúlio Vargas de Río de Janeiro, que intentó promover la implantación de estudios de historia oral. Ya sea por el contexto histórico de la dictadura política entonces vigente o por el carácter académico manifestado en el evento, podemos decir que dicha experiencia fracasó como fenómeno social. Por el contrario, en el ambiente de apertura política y democrática en los ochenta y principalmente en los noventa, un florecimiento sorprendente hizo brotar la pluralidad de manifestaciones de la historia oral brasileña. Alessandro Portelli lo refirió de la siguiente manera:

Brasil está en la vanguardia en este campo a nivel internacional[...] Siempre me impresionó el cosmopolitismo de la formación teórica de los historiadores brasileños (así como de otros países latinoamericanos): basta

ver las bibliografías[...] para notar que cubre fácilmente la producción teórica y la investigación provenientes de países de distintas tradiciones.

Añade Portelli que:

en Europa y Estados Unidos esas tradiciones no suelen comunicarse mucho entre sí, y se sabe muy poco sobre las sofisticadas contribuciones de los historiadores orales latinoamericanos. Paradójicamente, y tal vez debido a su postura original en relación con los centros tradicionales, la historia oral brasileña es capaz de ser menos provinciana y más ecléctica.²⁰

Gracias a esas alternativas de expresión, han surgido en Brasil autores que conciben a la historia oral en cuadros más comprometidos con fundamentos epistemológicos. Alberto Lins Caldas enumera las posturas hermenéuticas que dan sentido a una propuesta que fundamenta la historia oral como disciplina.²¹

Para iniciar un debate

El objetivo de este artículo fue encender un debate que apenas se inicia en amplia escala. Mostrar la evolución y la consecuente expansión de la propuesta europea y estadounidense de una historia oral universalizada implica admitir las ventajas del diálogo sin que se anulen las originalidades y autonomías locales. Como contraparte, conviene suponer que la contribución de los “países nuevos” debe indicar posturas capaces de confrontarse con el conglomerado de opiniones e ideas que han orientado el contexto crítico de la historia oral a escala global.

Mis palabras finales son paradójicas: o la his-

toria oral se independiza como disciplina e incorpora los beneficios de la parafernalia electrónica moderna y los contenidos filosóficos filtrados por los debates generales, o continuará siendo una moda con los días contados. La paradoja aludida resulta del establecimiento de los fundamentos de la historia oral, como denunciar, documentar, reconocer la ciudadanía de los grupos oprimidos, proponer diálogos entre clases y, sobre todo, organizar las luchas de derechos humanos en la democracia.

Notas

¹ El modelo formulado por la Universidad de Columbia puede considerarse como marco para la llamada "historia oral moderna": la producción y conservación de entrevistas grabadas para fines de investigación. Véase *Oral History at Columbia, American Craftspeople Project, Projects and Interviews*, Nueva York, Oral History Research Office, Columbia University, 1987-1992, p. 1.

² Para una definición de "tiempo presente" véase François Béderida, "Tempo presente e a presença da história" en Marieta de Moraes Ferreira e Amado Janaina (comps.), *Usos e abusos da história oral*, Rio de Janeiro, Editora Fundação Getúlio Vargas, 1996.

³ Varios autores han escrito sobre "el estado actual de la cuestión" en sus respectivos países. Destaca el esfuerzo de Philippe Joutard por reunir comentarios generales sobre el tema. *Historia, Antropología y Fuentes Orales* ha publicado muchos de estos textos (el núm. 24, 2000, contiene un índice general).

⁴ Muchas de las colecciones importantes primero fueron conocidas como "Archivo de la Palabra", "Banco de Entrevistas" o "Acervo de Testimonios" y sólo recientemente se denominaron "Archivos de Historia Oral".

⁵ El esfuerzo por renovar la disciplina de la historia ha llevado a mucho autores a usar entrevistas. Mercedes Vilanova examina las virtudes de una "historia sin adjetivos" (oral, por ejemplo) y propone atender a los resultados y no a los medios documentales, en "Combate, en España, por una historia sin adjetivos con fuentes orales", *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, núm. 14, 1995, pp. 95-117.

⁶ Fernando Gil, "Posestructuralismo e historia oral", *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, núm. 19, 1998, p. 117.

⁷ Véase Roland Barthes, "Jeunes Chercheurs" en *Lê Bruissement de la Langue*, París, Lê Seuil, 1998, p. 97.

⁸ Algunos autores emplean la expresión *oralista*, pero sin asumir plenamente las consecuencias del término. Véase, por ejemplo, Philippe Joutard, "Algunos retos que se le plantean a la historia oral del siglo XXI", *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, núm. 21, 1999, p. 157.

⁹ Josep Fontana, *Reflexiones después del fin de la historia*, Barcelona, Crítica, 1992, p. 84.

¹⁰ Véase Allan Nevins, "Oral history, how it was born" en David K. Dunaway y Willa Baum (comps.), *Oral History, an Interdisciplinary anthology*, Nashville, American Association for State and Local History, 1984, p. 42.

¹¹ Conviene citar la afirmación de Eugenia Meyer, "Memoria y conciencia histórica", *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, núm. 24, 2000, p. 77, en defensa de la profesionalización de la historia oral a cargo de los académicos, con el fin de demostrar que el tema es complejo y polémico. Dice la autora: "no podemos siquiera imaginar desacuerdo entre quienes reúnen, restauran, ordenan, organizan y ponen a disposición de la consulta ese mundo esencial de la heurística —los archiveros—, por un lado, y por el otro, quienes intentamos llevar a buen término la tarea hermenéutica —los historiadores."

¹² Danièle Voldman, "La historia oral en Francia a finales de los años ochenta", *Historia y Fuente Oral*, núm. 5, 1991, pp. 145-155; Philippe Joutard, "Algunos retos", *op. cit.*, pp. 149-162.

¹³ Tomo el concepto de "comunidad de destino" como lo define Ecléa Bosi, *Memória e sociedade: lembranças de velhos*, São Paulo, Cia. das Letras, 1995, p. 21.

¹⁴ Michel Pollak, "Memória, esquecimento, silêncio", *Estudos Históricos*, vol. 2, núm. 3, 1989, pp. 3-15.

¹⁵ Tereza Burmeister, "Un proyecto de democracia narrativa: pasear a la ciudad para transmitir la historia", *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, núm. 22, 1999, pp. 157-158.

¹⁶ Philippe Joutard, "Algunos retos", *op. cit.*, p. 151.

¹⁷ Eugenia Meyer, "Recuperando, recordando, denunciando, custodiando la memoria del pasado puesto al día. Historia oral en Latinoamérica y el Caribe", *Historia y Fuente Oral*, núm. 5, 1991, p. 140.

¹⁸ Philippe Joutard, "25 años de historia oral, II", *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, núm. 15, 1996, p. 155. Otros autores consideran marcos diferentes para el inicio de la in-

ternacionalización de la historia oral. Robert Perks y Alistair Thomson, por ejemplo, dan por referencia el congreso internacional celebrado en Essex, Inglaterra, en 1979, véase Perks y Thomson (comps.), *The oral history reader*, Londres, Routledge, 1998, p. 3.

¹⁹ Mercedes Vilanova, "Palabras inaugurales de la X Conferencia Internacional de Historia Oral (Río de Janeiro, 14

de junio de 1998)", *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, núm. 20, 1998, p. 161.

²⁰ Alessandro Portelli, "Apresentação" en Sônia Maria de Freitas, *Historia oral, possibilidades e procedimentos*, São Paulo, Humanitas/Imprensa Oficial SP, 2002, pp. 9-14.

²¹ Alberto Lins Caldas, *Oralidade, texto e história. Para ler a história oral*, São Paulo, Loyola, 1999.

LA AMPLIACIÓN DEL ARCHIVO HISTÓRICO
DE LAS COMISIONES OBRERAS
EN EL PERÍODO DE LA
REPUBLICA

En el presente artículo se pretende analizar el proceso de ampliación del archivo histórico de las comisiones obreras en el período de la República. Para ello se revisa el material documental que se encuentra en los archivos de las comisiones obreras de la ciudad de São Paulo, con el fin de determinar el grado de conservación y el estado de organización de los documentos. Se trata de un estudio de caso que busca contribuir a la comprensión del proceso de construcción del archivo histórico de las comisiones obreras en el período de la República.

Este artículo pretende analizar el proceso de ampliación del archivo histórico de las comisiones obreras en el período de la República. Para ello se revisa el material documental que se encuentra en los archivos de las comisiones obreras de la ciudad de São Paulo, con el fin de determinar el grado de conservación y el estado de organización de los documentos. Se trata de un estudio de caso que busca contribuir a la comprensión del proceso de construcción del archivo histórico de las comisiones obreras en el período de la República.